



## Le désastre banal/ El desastre banal

Yanick Lahens

Traducción: Francisco Aiello

Mirna se despertó en la luz malva del amanecer, entre luna y sol, en un silencio sólo interrumpido de modo intermitente por la lengua rasposa de las olas sobre la arena. La habitación estaba sumergida en la penumbra y el ronroneo constante del climatizador vertía una humedad que casi la paralizaba. Los miembros entumecidos, no se movía, paralizada en el tiempo inmóvil de ese lugar cerrado. Sin ese hormigueo en la punta de los senos y sobre todo sin esa magulladura entre los muslos, podría haber creído que ese cuerpo suyo desde hacía casi veinte años vivía, de repente, una vida fuera de ella. Abrió los ojos a medias para mirar alternativamente las paredes, la ventana, las sábanas, luego otra vez las paredes. En esa enajenación de algunos segundos, ese desconcierto estupefacto de quien se despierta en una habitación extranjera, en una ciudad desconocida. Se deslizó bajo el cubrecama, cerró un instante los ojos y recordó todo de golpe: las cortinas habían sido corridas con cuidado por William la víspera y, por primera vez, ella, Mirna, había dormido en ese hotel junto al mar con un hombre que apenas conocía. Sintió una ligera puntada en el corazón, se mordió el interior de la mejilla hasta lastimarse y, de repente, quiso encontrar afuera la blancura de la mañana y el gusto del primer café bajo los almendros a lo largo de la playa. Cuando se estiró lentamente bajo las sábanas, fue para olvidar a la vez el ardor en la boca, su vida con los vencidos y su cuerpo que ya conocía el hambre. Su brazo derecho cayó pesadamente sobre el torso de William que yacía desnudo a su lado. Él gimió dulcemente en su sueño y se dio vuelta como para abrazarla. Mirna abandonó un instante la idea de ir en busca de la blancura de la mañana, cerró los ojos otra vez en esa habitación consagrada al silencio y a la oscuridad, y dejó que la vida palpitará en ella como en los almendros ciegos y sordos.

Mirna había conocido a William un mes antes cuando miles de hombres y de mujeres habían recibido a los soldados americanos en un éxtasis cercano al trance. Algunos cuerpos habían sido quemados con neumáticos firmemente atados al cuello y viejas acusadas de brujería, linchadas aquí y allá. Las salas de espera de las embajadas no se habían vaciado de patriotas en corbata, de artistas comprometidos y de profesionales de gran nivel. Todos ávidos de encontrarse en el lugar justo en el momento justo. Detrás de los micrófonos de radio, ciertos cronistas habían maquillado la vergüenza de la ocupación con mentiras de lo más variadas acerca de una felicidad que no tardaría en aliviar nuestros corazones, en hacernos crecer el alma. Y todo eso había inundado los pechos, aturdiendo como un ron caliente. Mirna también se había dirigido hacia el puerto para recibir a los liberadores, la sonrisa en los labios como muchas y una falda bastante corta para dejar aparecer sus largas piernas negras y musculosas. Los soldados le parecieron hermosos y poderosos en sus uniformes y buscó, desesperadamente durante los acontecimientos, a guerreros de su isla que se parecieran a los de los primeros libros de historia de su infancia. Fue en vano. Todo ese alborozo la dejó insatisfecha.

Eran siete: Lucien, Norma, Simone, Nicole, Mirna, su madre Octavie y su tía Violette. Siete viviendo en tres ambientes estrechos, un salón y dos dormitorios, en uno de esos suburbios de Puerto Príncipe donde las casas sólidas pero torcidas, con muros sarnosos, pintadas por la mitad, terminadas por la mitad, exhiben sus tripas, sus cabellos y sus dedos de metal. Donde las calles ebrias titubean algunas veces sin perder por completo el equilibrio. Es decir que el barrio de Mirna no era solamente moho y podredumbre. No era uno de esos barrios en los que, entre los cuchitriles, las callejuelas entrelazadas con aliento fétido se repugnan unas a otras. Era una fruta a medias podrida en la que todavía podían morder dientes ávidos. Pero era, a pesar de todo, un barrio de vencidos. Y, como en todo barrio de vencidos, los hombres y las mujeres pasaban la mayor parte del tiempo desconfiando unos de otros. Si detrás de esos muros la desconfianza sustituía con frecuencia al amor, es porque se encontraban demasiado lejos aquellos de quienes los vencidos debían desconfiar. Así, abatían a los vecinos, a los recién llegados o a los almaceneros y farmacéuticos improvisados cuyo comercio parecía prosperar. Y también había allí, como en todas partes, entre esas calles con charcas que chorrean y esas voces roncas y chillonas, motivos de perfecta alegría, profunda, grave y cosas feas, terribles y, aun así, tan humanas.

Norma, Simone, Nicole y su hermana mayor Mirna dormían en la habitación de adelante, justo al lado del ambiente donde cuatro sillones atorados alrededor de una mesa baja recibían a las raras visitas. Lucien, el hermano mayor, la madre Octavie y la tía Violette ocupaban la habitación que daba al patio trasero. Con un inodoro que no expulsaba nada, canillas por las que el agua no corría hacía mucho tiempo. Se lavaban en el patio trasero, detrás de un biombo de chapa, a algunos metros de las letrinas. Durante los fuertes chaparrones, se mantenían aglutinados en una misma habitación, esperando que el patio se transformara en una versión reducida del Diluvio y la casa en arca Noé. El cuarto de baño groseramente acondicionado apenas había servido algunos meses y desde entonces se amontonaban allí todas las cosas inútiles de las que cargan los pobres que mantienen apariencias: cajas de cartón, aparatos eléctricos fuera de uso, bolsas de plástico, ropa gastada. Y como la maldad fría y dura también habita entre los vencidos, Anita, la joven doméstica recién llegada del campo, dormía contra la bañera. Entre las comidas que preparaba sobre el hornillo a carbón al fondo del patio, el lavado de ropa y el planchado, las injurias y los golpes, Anita no paraba de ir y venir antes de terminar sus jornadas sobre los harapos que le servían de camastro. En ese mismo lecho, algunas veces de noche recibía, sin decir una palabra, el esperma de Lucien.

Tres días después de la llegada de los americanos, Norma y Simone, las hermanas menores de Mirna, acomodadas en los sillones recubiertos de un horroroso plástico amarillo, se divertían cambiando las señales de radio en búsqueda de *raggae*, de *compas* o de *ragga*. De lo que fuera excepto las noticias, esa morfina que Lucien, militante de todas las causas, se inyectaba varias veces por día y que las irritaba. Nicole, la más chica, acostada en el suelo, leía un folletín y asentía ruidosamente cuando una canción le gustaba. Mirna, sentada sobre una de las dos camas de la habitación, devolvía en eco, a través de los muros, los gritos de Nicole, mientras se aplicaba un esmalte rojo vivo en las uñas de los pies. Ella también prefería un *zouk* bien rítmico a ese ronroneo incesante de las radios. Y además los soldados extranjeros estaban allí, ella no lograba sacárselos de la cabeza ni deshacerse de la idea de que en lo sucesivo en la isla no habría más que sumisos regresando con la cola entre las patas y perdedores partiendo de rodillas. Sumisos y perdedores se

pierden en una misma humillación. Mientras soplaba con fuerza sobre los dedos de los pies para secar el esmalte, Mirna se preguntaba qué podía hacer a partir de entonces un pueblo, cuyos jefes habían sido a tal punto humillados, más que entrar también en la banalidad cotidiana del desastre. Mirna cambió de posición, se deslizó hasta quedar sentada justo en el borde la cama, los pies apoyados en el suelo, se puso esmalte en las uñas de las manos.

Estaba muy irritada por la idea de permanecer un día más encerrada entre esas cuatro paredes. No es que le gustara el puesto de recepcionista en un policlínico del centro ni las clases de la tarde en la Facultad de Ciencias Humanas. Mucho menos esos *tap tap* eternos en los que la gente abarrotada se ceñía en un apretón rencoroso, maloliente, caminándose sobre los pies e injuriándose. Pero la mera idea de abandonar esa casa y ese barrio la entusiasmaba cada mañana. Y desde la llegada de las tropas americanas, tres días antes, le repetían que las calles todavía no eran seguras y apenas había podido intercambiar algunas palabras con Islande y las otras chicas al final de ese callejón sórdido, y eso es todo.

Mirna se dirigió con precaución hasta el espejo, los dedos de las manos y de los pies bien separados. Se miró un momento, examinando con cuidado cada detalle de su rostro, su cuello, su nariz medio chata, ligeramente arqueada que le daba a la vez arrogancia y candor. Le gustaban sobre todo sus labios morenos, que apenas con un poco de brillante relucían la forma pulposa, sus caderas, sus muslos. Una vez más se vio realmente bella. Había empezado a amar su rostro y su cuerpo primero como un desafío, luego en los momentos en que acechaba la angustia, se aferró por desesperación. Mirna era alta con una piel color caramelo, una talla finamente marcada sobre piernas interminables. Y desde que esos dos senos se habían desarrollado visiblemente bajo las remeras y que el culo explotaba en pantalones ajustados, la perseguía una multitud de jóvenes. Y Mirna atravesaba todos los días sus filas de miradas, encendida, aguerrida por una curiosa mezcla de fastidio y de felicidad. Sobre todo porque ya había probado, los ojos cerrados pero con ansias, los labios húmedos y muy temblorosos de Wilfrid, un amigo de su hermano Lucien. Los músculos bien diseñados de Wilfrid emanaban algo tan saludable que Mirna no había podido privarse de tocarlos con todos los dedos.

Una vez que se secó el esmalte, tomó una revista de dos años antes que había traído de lo de Conchita, una estilista dominicana instalada en el vecindario, y se puso a soñar a través de las páginas sobre las cuales desfilaban Madonna, Claudia Schiffer y Ophélie Winter. Los mismos sueños que provocaban las novelas baratas compradas en una librería cercana a la plaza de la catedral. Había leído tantos destinos forzados hasta el triunfo, empujados hacia la victoria, que solamente podía creer en su suerte e “irse por su ruta”, como en la canción de Julio Iglesias. Sobre todo porque estaba enemistada con esa calle, con ese barrio, con esa ciudad y consideraba la pobreza con horror. Incluso había empezado a detestar a los pobres y un día de mucha cólera hasta se había permitido decirle a Islande que le parecían indolentes, perezosos, mugrientos e ignorantes: “Todo el santo día esperando que Dios, Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, Santa Ana o Agüé o el patrón, el gobierno o que yo o tú y por qué una revolución no viene en su auxilio.”

Cuando Mirna apoyó la revista en el suelo, de repente se le vino una idea, como un rayo de sol se desliza por las persianas de una habitación oscura: para ella, esa ocupación sería un regalo del destino. Uno de esos regalos que el cielo sólo concede cada cuarenta o cincuenta años. Por fin podría dar un salto a lo desconocido y poner definitivamente el mar entre su pasado y aquello en lo que buscaba convertirse. Le bastaría acumular toda su fuerza para expulsar las desdichas y las complicaciones de los vencidos y elegir, de una vez

por todas, la tranquilidad de los vencedores. Sin importar quiénes fueran. Y apenas contaba con sus senos, sus caderas, sus largas piernas y su fogosidad de cabrito salvaje. El cuerpo era el único sostén del que realmente estaba segura. Porque había aprendido de los cuchicheos y de los silencios de su madre que también los había aprendido de su propia madre hasta remontarse a las antepasadas en los camastros de las chozas y en las bodegas de los barcos: mientras que los amos se pusieran de rodillas para apoyar sus labios en ese punto húmedo y caliente entre los muslos de las negras, mientras que saciaran allí su sed amarga y dura, ellas, las negras, podrían abandonar la interminable marcha de los vencidos. Y en ese barrio la necesidad hacía que las muchachas entendieran muy rápido que el sexo podía ser frecuente, algunas veces agradable y a menudo útil. Mirna volvió a pensar en el ansia y en el alborozo. Ese tipo de fiestas no duran más de ocho días. Tengo que actuar rápido. Muy rápido. Deslizó una silla contra el armario, se paró sobre ella y alcanzó la caja donde había escondido sus magros ahorros, dólares que le había mandado su madrina inmigrante en Nueva York, sumas ganadas en la lotería.

Dos días después, cuando se retomó la actividad, Mirna se ausentó una hora del consultorio médico, se compró un vestuario muy estudiado: dos remeras, una beige y otra naranja, un pantalón negro y una falda marrón. Cuando llegó a la oficina de empleo de los americanos vestida con la remera naranja, la falda marrón y en el rostro ese aspecto ingenuo y a la vez de quien caza para no morir, supo por la mirada que le arrojó el oficial responsable, William Butler, que obtendría el trabajo. A él le gustó de inmediato esa forma suave y despreocupada que fingía antes de responder a las preguntas y sobre todo su proceder afectado y tranquilo.

Una semana más tarde, la invitó a cenar. Con la idea de dejar atrás Puerto Príncipe sombrío, oscuro, atascado en su mugre como una ciudad del Antiguo Testamento, Mirna ya se ponía contenta. Cuando William Butler fue a buscarla a la salida de la universidad, ella lo encontró más alto, aunque más hinchado, en la camisa blanca cuyo cuello abierto dejaba ver unos vellos color trigo. El cabello húmedo cuidadosamente peinado ponía en evidencia su edad madura y el azul de sus ojos. Emanaba un olor, un perfume especiado que evocaba el dinero y que ningún hombre conocido por Mirna podía permitirse. Quizás haya sido ese perfume que le hizo crecer el deseo como el mar, como el viaje y alta mar.

A Mirna le gustaron enseguida las mesas dispuestas en un jardín de helechos, filodendros y aves del paraíso y se preguntó, deslumbrada, cómo era posible que hubiera tantas personas reunidas en un mismo lugar hablando tan bajo como criaturas de seda y de ensueño. Todo le pareció bello, la vestimenta, las joyas y los platos que se comían con los ojos. Muy rápido tuvo la cautela de suavizar sus palabras, el fuego de su mirada, de esconder su fascinación y su hambre. Ante el menú, fue discreta y eligió pollo con papas salteadas. Y cuando el camarero posó el plato frente a ella, William Butler la observó morder con apetito todo lo que allí había, la carne, las papas y las verduras. Observó a Mirna, poco más que una adolescente, viviendo un encantamiento que él, el oficial americano, le estaba ofreciendo. Este pensamiento expulsó por un instante la locura asesina y el deseo de violación que excitan a los soldados en misión. Ella reafirmó a William en todos los buenos motivos que lo había llevado hasta esa parte del mundo: los bárbaros para civilizar, los negros para humanizar. Pero con Mirna se trataba también de un sueño de adolescente que se resurgía en el umbral de sus cincuenta años. Blanco en una América blanca, hasta el momento William no conocía de las negras más que el miedo y la prohibición. La prohibición del olor a almizcle de su piel, del triángulo sombrío de sus

muslos, de sus risas como cantos de pájaro y de sus bufidos capaces de alterar el alma... Y resulta que el sueño se encontraba allí frente a él. Entregado. Regalado.

Al cabo de unos días, la vida de Mirna comenzó a parecerse a la felicidad de las revistas y de la televisión. Su vocabulario inglés se había enriquecido con muchas palabras nuevas: *Would do you like to...? How beautiful! Do you want it?* Y su vida, con regalos de William: un reproductor de video y una heladera, dos vestidos comprados en una boutique elegante de Pétiou-Ville. El día en que ella estaba verdaderamente triste a causa de los medicamentos que su madre no podía comprar, William se hizo cargo de todo. Una tarde incluso inventó la muerte de una tía. Cuestión de evaluar el apego de William y de sacarle un poco más de dinero. Ante sus camaradas de lucha, Lucien, el militante, fue llamado a su propio juego. La generosidad de William había cambiado su vida. Él también se había procurado ropa nueva y ya no necesitaba pedir hielo a los vecinos durante las horas de gran calor. Y como la miseria es una puerta baja, Octavie, la madre de Mirna, agachó la cabeza y no se opuso a nada. Violette, su tía, una beata que nunca conoció la caricia de un hombre sobre su piel, fue la única que quiso exorcizar a Mirna. Tras haberse despellejado las rodillas en los escalones de las iglesias, Violette empezó a estar pendiente de los signos del Espíritu Santo y de las manifestaciones de Satán. Arrojava contra su sobrina un rosario de injurias, tratándola de arrastrada, de chusma y de víbora. Así se sumaba a la cohorte de vecinos y vecinas que miraban a Mirna de arriba abajo y cuchicheaban a su paso. Incluso Islande sentía desprecio. Los hombres, y Wilfrid con ellos, seguían echando un ojo a la costura de sus pantalones, allí donde se escondía el misterio que nunca traspasarían. Se imaginaban a Mirna atada a sus pies en los peores sufrimientos. Simplemente para olvidar la baba que inundaba sus bocas al verla deambular balanceando sus caderas. La envidia infló el corazón del barrio a medida que crecía la felicidad de Mirna y a medida que superaba la línea que separa a los vencidos de los demás.

\*

Cuando William apoyó el bolso en la habitación del hotel de la playa, Mirna se dio cuenta, como si lo estuviera viendo por primera vez, a qué punto su cabello era marrón claro, fino y suave, su piel fina y transparente. Como los de esos actores de las películas o de las telenovelas. Mirna nunca antes había visto de tan cerca una piel de tal blancura. Desde ventana habían contemplado juntos el mar y los almendros, luego William se había dirigido hacia la cama y la había llamado. Le había puesto una mano sobre los ojos y la había apretado contra él. Mirna había desviado el rostro, sin saber cómo responder a ese llamado a la vez dulce y espantoso. Luego había caído por completo la noche tropical.

Al levantar los ojos hacia él, ella vio su rostro, su mirada insatisfecha, luego todo su cuerpo. William se levantó, corrió las cortinas y apagó la lámpara de la cabecera. En la oscuridad, él no era más que una masa sombría, una sombra sólida. Le habló en inglés y debió decirle —con una voz jadeante y casi suplicante— que la quería tal como era: con tantas ansias de todo, tan niña y sin embargo tan sexual. Pero el cuerpo de Mirna le jugó una mala pasada como si no aceptara estar allí. Él casi se enojó. Entonces William la acarició despacio y ella sintió al cabo de unos segundos que la punta de sus senos se ponía dura bajo los dedos de él y que una onda tibia inundaba el interior de sus muslos. Luego William le mantuvo los puños contra la almohada y aceleró los movimientos de su pelvis. Al cabo de un momento el placer se apoderó de ella sin avisar. Se mordió los labios y cerró los ojos. El vértigo rápido como un torbellino le invadió la cabeza y le hizo vacilar las

piernas. Se esforzó por resistir esa ola que la irradiaba por completo, ganando hasta la última fibra de su ser. Ese goce contenía el gusto amargo del polvo, ese que ella había mordido algunas vez llorando en sus juegos de infancia, mucho tiempo atrás. Después de lo que para ella fue solamente un encaje torpe, William se había acostado a su lado. Mirna buscó más tarde en el cuarto de baño reanudar los hilos dispersos de su mente. Se demoró desesperadamente frente al espejo para escrutar otra vez su rostro y reasociarlo al nombre que era suyo, a la vida que había sido suya. Apenas habían pasado unos segundos cuando William le preguntó si todo estaba bien. Ella respondió un sí apenas perceptible a través de la puerta. Sentada al borde de la bañera, pensó en las calles nauseabundas, en Wilfrid, en los muros revestidos, en las privaciones y luego en una casa rodeada por un jardín, en los niños con cabello y piel de los colores de los vencedores que William le daría tal vez en Ohio o en Wisconsin. Se tragó la leve náusea hasta el fondo de la garganta. Cuando salió del baño, Mirna sonreía y ya llevaba puesta esa máscara que remplazaría a su rostro por el resto de su vida. Fue ella quien abrazó estrechamente a William, intentando calmar en labios de él toda la sed de sus veinte años, intentando encontrar aún el placer que las caderas de William podían desagotar entre sus muslos. William se sorprendió un poco y la abrazó también. Ella lo apretó en silencio, con toda su fuerza como para comprimir un dolor o contener el llanto. En ese silencio quería ahogarse, olvidar la presencia de William, borrar incluso la idea de esa potencia extraña y ambigua del vencedor.

Tarde esa noche, Mirna, agotada, se hundió en el primer sueño de su nueva vida.